

**Raúl Gómez Jattin: las fronteras del río Sinú** <sup>1</sup>  
(Migajas apresuradas)

Álvaro Bautista Cabrera

«*Ser poeta es más que un destino literario*»  
Raúl Gómez Jattin

**Resumen**

Raúl Gómez Jattin era un hombre de pueblo y de campo, pero también un hombre de la modernidad. Al morir en 1997, dejó una poesía en la que palpita el nicho ecológico, atravesado por los dramas de la ciudad. El poeta rompió realmente la frontera existente en Colombia entre nicho ecológico y un imaginario que debate con gozo y risa el erotismo y la alucinación.

**Abstract**

Raúl Gómez Jattin was a man of the people and of the country but he was also a man of modernism. When he died in 1997, he left poetry in which the ecological niche palpates, passing through the dramas of the city. The poet truly broke through the frontier which exists in Colombia, between the ecological niche and an imagery which debates eroticism and hallucination with delight and laughter.

<sup>1</sup> Este texto es una reelaboración de uno leído en la II Journée d'études des lecteurs et lectrices, Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-américaines, Université Michel de Montaigne-Bordeaux 3, el 12 de mayo de 2004 y cuyo tema fue: "Na(rra)tions ibériques et ibéroamericaines: Corps, politique et migrations".

### Resumo

Raúl Gómez Jattin era un homem do povo e do campo, mas também um homem da modernidade. Al morrer em 1997, deixou uma poesia na qual palpita um fundo ecológico atravessado pelos dramas da cidade. O poeta rompeu realmente a fronteira existente na Colômbia entre o ecológico e um imaginário que debate com satisfação e riso o erotismo e a alucinação.

### Palabras clave

Gómez Jattin  
Literatura colombiana  
Caribe

### Key words

Gómez Jattín  
Colombian literature  
Caribbean

### Palavras chave

Gómez Jattin  
Literatura colombiana  
Caribe

Lo más importante de la vida de Raúl Gómez Jattin no es ni su itinerario maldito, ni sus escándalos ni sus desgracias, sino sus poemas. Nacido en 1945 en Cereté-Colombia y muerto en 1997 en Cartagena de Indias, sus poemas facilitan que lo relacione con el tema de *frontera*. A mi modo de ver, su obra resalta algunos aspectos de una región inagotable: el norte de Colombia. El trabajo del poeta profundiza, frontera adentro, el imaginario del país caribeño.

Nos referimos a una región que es casi un país. Se trata de la vasta región de la cual surge la poesía sarcástica del cartagenero Luis Carlos López, los cuentos inagotables del barranquillero Álvaro Cepeda Samudio, la novela histórica de Germán Espinosa, la obra aguerridamente popular del autor de Lorica David Sánchez Juliao, la femeneidad afirmada de Fany Buitrago, la lírica singular de Meira del Mar, la pintura llena de color y agresión del cartagenero Alejandro Obregón, el dibujo y el erotismo del cartagenero Darío Morales y la obra con más caja de resonancia –para tomar un concepto del vasco Bernado Atxaga–, la del universal García Márquez. Es también la región de la cumbia, el porro, el merengue, el paseo y una variedad de ritmos que en la zona del Valle de Upar convocaron la creación del vallenato, esa música de acordeón y sencillez sonora.

Podría uno preguntarse, después de Gabriel García Márquez, ¿qué más puede decir un poeta de esta región? Colombia es un país de países, como dijo el poeta andino Aurelio Arturo. Y no se refiere a que tengamos tantos países como, digamos, España, algunos de los cuales –en general– tienen una lengua nítidamente distinta al español y un pasado diferencial; se refiere a que cada región es un país de expectativas de tierra y agua, un nicho ecológico, una carta política y una comunidad de imaginarios. En la medida en que es una comunidad de imaginarios, esta región hace parte de una gran patria: el Caribe. Ya lo ha dicho García Márquez: que le gusta y debe tanto al estadounidense William Faulkner, tal vez porque ambos hacen parte de este gran país caribeño como también el trinitario Walcott, los cubanos, los dominicanos, los haitianos, incluyendo el norte de Brasil, etc.; al ver este imaginario, que en la otra rivera es África, Portugal y Galicia; al ver esto, podríamos deducir afanosamente que las fronteras políticas son falsas, una invención del juego de las cartas políticas de una época. Sin embargo, esto no es tan sencillo.

Que las fronteras sean ficciones es una verdad, pero una verdad que acepta con sus consecuencias un convencionalismo político. Porque las fronteras son un invento de las cartas políticas de una época para cercar, incluir y excluir. Desde una perspectiva de sus imaginarios, Venezuela y la región norte y oriental de Colombia podrían hacer parte de un gran país; otro gran país podrían hacerlo el Gran Cauca y Nariño, Ecuador y el Perú; e, igualmente, Caquetá, Guainía, Vichada, Putumayo y el norte amazónico del Brasil, podrían conformar otro país. Ahora bien, es posible que las fronteras sean una ficción, un modo mediante el cual el poder político marca a los incluidos, a veces con marcas identitarias como himnos y banderas, y otras con marcas onerosas como impuestos y transferencias escuetas; pero además dichas ficciones deben ser operantes. A veces operantes de manera ingenua como cuando Nicaragua se siente dueña de las aguas de la isla de San Andrés –y Colombia se ofende–, o, a su turno, Colombia se envalentona por una islita bobalicona, los Monjes, que Venezuela defiende como si tuviera tanto honor como petróleo. Bolivia, gracias a estas ficciones, producto de guerras perdidas, carece de una salida al mar. En no pocas ocasiones, las fronteras operan de una manera

totalmente imperial, como el Río Bravo que resulta ser una de las fronteras con más flujo clandestino sur-norte, porque separa el sur pobre del norte rico, lo que no impide que el sur, gota a gota, realice sistemáticamente una invasión a Norteamérica, sin armas, sin aviones, sin terrorismo; simplemente con manos dispuestas a limpiar las cloacas del imperio y a realizar las labores de la agricultura y la ganadería que los hijos de los gringos no realizan, dedicados a la aséptica economía de hacer dólares desde las grandes urbes.

Pues bien, retornando al norte colombiano, las fronteras se le han movido y se vuelven casi decorativas por obra y gracia del imperio norteamericano. Hace ya un siglo, Panamá se “independizó” de la tiranía de Bogotá, aunque realmente Estados Unidos se consiguió un buen medio para construir el canal, un ágil prostíbulo internacional en Colón y, asimismo, un territorio para hacer bases de entrenamiento para los militares que luego suelen ir a los distintos países de Latinoamérica a salvar el orden público. Por otro lado, a nivel interno las fronteras en Colombia siempre se corren, sobre todo en el campo, ya que el poder rural consiste en la trama de un linaje feudal. Grandes terratenientes aumentan las hectáreas de sus haciendas, mientras los pequeños campesinos se debaten en la miseria, a lo cual se agregan periódicas oleadas de violencia que hacen que los pequeños campesinos sean asesinados, por lo que los sobrevivientes se desplazan a las ciudades o hacia las selvas o a las reservas naturales, donde vuelven a colonizar para años más tarde ser de nuevo desplazados, como lo ha mostrado Alfredo Molano. Por tanto, “la frontera-cerca”, compuesta de troncos y un tejido de alambre de púas –o sencillamente, de terror–, es la que acosa a los más. Puedes ir y ver pueblos que ya no son de nadie, es decir, son de un solo señor; puedes ver pueblos corroídos por el deterioro, y al lado pomposas edificaciones del señor terrateniente o del señor capo. Por tanto, la frontera entre el imperio y Colombia es decorativa, aunque no la que hay entre Colombia y el imperio, pues en Colombia las políticas económicas son dirigidas por el Fondo Monetario Internacional y se realizan bajo la vigilancia de los partidos republicano y demócrata desde el senado, la cámara y la Casa Blanca –políticas que nuestros gobiernos de turno cumplen al pie de la letra–. Mientras hacia afuera las fronteras

no son recíprocas (decorativas para EE UU, reales para nosotros), o sirven de base para insulsas peleas con naciones vecinas con las que deberíamos ahondar en la cordialidad y la cooperación, hacia dentro prosperan “las fronteras-cercas”, con lo que a las grandes hectáreas se suman más hectáreas y a las pequeñas, más desplazados y desterrados.

El poeta Raúl Gómez Jattin le ha dado nuevos imaginarios al norte colombiano. Enterrado en 1997 en Cereté, bajo un inolvidable aguacero, hizo de este pequeño pueblo la patria de uno de los poetas más recordables de Colombia. Pero esto es apenas un maravilloso azar. Si a un país no sólo lo conforma una carta política ni una expectativa de agua, tierra y minerales, sino también un nicho ecológico y una comunidad de imaginarios, Gómez Jattin se merece un lugar entre los señores del Caribe, porque con una lírica hecha de sinceridad erótica, desparpajo y representación de su terruño, ha ampliado la frontera, no la frontera decorativa que hay entre Colombia y América antillana, que también cruza clandestinamente, sino la frontera interior con la que los poetas renuevan las experiencias de su región.

El poeta y ensayista William Ospina ha mostrado que uno de los aciertos poéticos de Gómez Jattin consiste en que, siendo un poeta asediado por la tristeza, la queja, el reclamo por el abandono, muestra sus momentos más dichosos cuando recrea su infancia y su tierra: “Él tenía, como lo dijo, *un corazón de mango del Sinú*, y en ninguna parte de sus versos se siente más la plenitud del vivir como en aquellos que escriben su tierra”. También nos dice Ospina que el “olor a mango maduro que recorre estos versos alivia la persistente tendencia a la tristeza y la desolación” de Raúl Gómez Jattin. Indudablemente su poesía es un elogio del nicho ecológico de su región, de sus aves, sus brisas, sus aguas, sus frutos. En su poesía descuellan no sólo el mango, sino el níspero (“pájaro borracho de nísperos y sol”), el mamey (“la lluvia y los primerizos mameyes del invierno”), el mamoncillo (“Que te vas a Isabel / de la rayuela bajo el mamoncillo de tu patio”), las granadillas (“porque me inclino ante quien me regala unas granadillas”). Quizá un detalle nos ayude a ver cómo pinta este nicho ecológico: una fruta como el mango, ya ácida, ya dulce, es un manjar incluso en nuestros días cuando se ha industrializado la delicia donada por el mundo. Gómez Jattin lo ve en dos etapas. En una es

una heredad del sol: “El huevo dorado del sol anida entre los mangos de la rivera»; el sol de nuestro país es el mismo sol de otras partes, pero a pesar de esto no es como nuestro sol, pues carece de mangos. De tanto asedio, de tanta incandescencia, uno siente que la energía solar se condensa en frutas como el mango. “Piedra de sol,” de Octavio Paz, sin duda está aquí, pues Gómez Jattin ha dicho en un poema dedicado a Octavio Paz: “Si el aire y la luz solar entraron en mis versos/fue por tu culpa”. Seguramente la industria podrá cultivar mangos bajo toldas, con luces artificiales y sistemas de agua dosificada, mas esto nos suele impedir la imagen que dejan en el verdor de una rivera las esferas intensamente amarillas de los mangos como huevos de sol. El mango es aquí más que un regalo para el gusto: una tentativa para la vista. Luego viene una segunda etapa, comerlo. Gómez Jattin prácticamente no la describe. Mas sí describe una tercera, y es cómo queda manchada la ropa de quien ha comido un mango con su mano, quizás apenas arrancado o bajado del árbol (“y las faldas manchadas de mango”). Habrá que estudiar las visuales de Raúl. Si el nicho ecológico entra por los ojos, la luz nos da tanto el dulzor o el sabor de una fruta como una visual, lo que se debe no sólo al dominio entre los terrícolas de los ojos sino al goce del hombre contemplativo que era Gómez Jattin, porque como bien dice, se pasaba meses en una hamaca, meciéndose. Nos da, pues, una visual con frutas en un bodegón que es el mismo valle del río Sinú, observado por un contemplador que se mece.

Otra forma que se destaca para el exorbitado imaginario es el erotismo plural y casi cosmológico. Su *Tríptico cereteano* es una manifestación sin tapujos de sus relaciones homoeróticas –término que yo le robo a George Steiner– y del zooerotismo. Es verdad que realiza valoraciones en consonancia con el machismo costeño, como cuando dice “Claro que la burra es lo mejor del sexo femenino”. Eva Durán no ha dudado en opinar tajantemente sobre esto: “Raúl, más que combatir, fortalece los estereotipos imperantes” del machismo. Comparto esto pero creo que hay que agregar una perspectiva más compleja, pues Gómez Jattin no le hace sólo un poema a las burras, en una acostumbrada zoofilia, tal y como la define Eva Durán: “práctica extendida y muy común en las zonas rurales de la costa atlántica colombiana consistente en que los

chicos en edad púber y adolescente se inician sexualmente utilizando a la burras”. Hasta aquí tenemos un tema ya dicho por la literatura del norte de Colombia, habiendo incluso otros autores que agregan las herramientas necesarias para esta labor, como la banquita del cura garciamarquiano. Pero Gómez Jattin va más allá. Lo suyo es el erotismo con una variedad de animales, agregados mediante una enumeración humorística, poco escritas, por lo menos en Colombia, aunque con una honda relación en la tradición oral:

La pata es imposible. La perra no deja y muerde  
 la cerda sale corriendo La gata ni pensarlo  
 Chévere la carnera Se queda quieta  
 La chiva en celo es deliciosa  
 Se me olvidaba la pava En la alegría sexual /.../

Y dejo aquí. Este poema, y en general los que presentan este tema, son menos zoofílicos que zooeróticos. Son una poética humorística hecha del relato de las diversas experiencias con distintos animales, de donde se puede inferir que es menos fácil la sexualidad con los perros y los gatos (¿qué diría Stanley Kubrick?) que con las aves de corral. Ante esta barbarie gozosa bien podría dar un grito alguna sociedad protectora de animales, dirigida por el novelista Fernando Vallejo. Lo que yo destaco, además de la experiencia y el desparpajo con el cual se cuentan estas experiencias, es la multiplicidad erótica con que juega Gómez Jattin. Así como no se trata sólo de burras, tampoco se trata únicamente de homoerotismo. Gómez Jattin impulsa con jolgorio el homo, el hetero, el zooerotismo, el ojoerotismo o voyerismo y en un acto de generalización, incluso el erotismo con los vegetales. Cuando dice “ese metérselo hasta una mata de plátano”, uno parece asistir a una aventura erótica con casi todas las cosas del mundo. Gómez Jattin celebra una especie de cosmoerotismo, procedente de Whitman, pero no impulsado como en el caso del norteamericano por la celebración de la democracia, sino por las experiencias con los alucinógenos.

En uno de sus primeros poemas, Gómez Jattin cuenta la historia de un parricida que ha sido declarado inocente y es liberado. Cuando retorna a

su pueblo siente que “hay un vacío a su alrededor”, “hay un cerco de púas en torno de Carlos”. Sin haber cometido un crimen, la tremenda irritabilidad y agresividad de Gómez Jattin con su familia, con su madre, con sus amigos, se debe seguramente a factores que se deben al deseo de tocar fondo. Porque Gómez Jattin se creía un Dios por ser el adorador de lo elemental, y qué mejor estado para probar esto que tocar el fondo. Su consumo de drogas se alió con esta tendencia, por lo que su descenso al infierno le costó construirse en sus últimos años un “cerco de púas”. En su caso los alucinógenos acentuaron el sentimiento de abandono, la soledad, la señalización sin piedad y una agudización de la hostilidad. Primero, Gómez Jattin se quedaba meses en una pieza, en una hamaca. “Llevo siete meses contemplando esta tarde”, le dijo a un amigo. Luego se despojó de todo, de la ropa, de los zapatos, se hizo vagabundo, errante, paria. Esta actitud es un contraste con la carrera como actor, dramaturgo y poeta nacional que hubiera podido escoger. En vez de un destino más promisorio, se arrojó a uno en el que la muerte, el suicidio y la bronca marcaron sus últimos años. En lugar de una cátedra o un consulado o un puesto como publicista, articulista, secretario o bibliotecario, se quedó a vivir en los andenes “/.../dormí siete meses en una mecedora / y cinco en las aceras de una ciudad”. Y mientras escribía, los alucinógenos lo acompañaron en este periplo hacia las llantas del bus que lo atropelló en Cartagena. “Como todos nosotros fuma para matar las manos”, dijo. De la misma forma como participó Gómez Jattin del estereotipo machista, lo hizo de aquel que asegura que los alucinógenos matan a secas, sin ningún ritual de vitalidad. Con el cigarrillo y hasta con los hongos y el cannabis, vivió una muerte, una muerte para escribir, para descansar, para destrabar a la loca de la casa, la imaginación. En “El elogio a los alucinógenos”, Gómez Jattin postula un elogio paradójico, ya que todas esas desgracias y toda esa inventiva poética se deben a los impecables aromas de las yerbas prohibidas: “Toda esa gran vida a los alucinógenos debo”.

Quien lo vio, yo no fui testigo, y vio la vida de un costeño enloquecido, perdido, sintió piedad o rabia. Día a día, fue menos un poeta y más un demente. Curiosamente Raúl Gómez Jattin, aunque era un hombre de pueblo y de campo, gracias a esta experiencia con los alucinógenos, fue también un hombre de la modernidad. Al morir en 1997, dejó una poesía



en la que palpita el nicho ecológico, pero un nicho atravesado por los dramas de un moderno, del ciudadano. Esta mezcla de hongos y mangos, de marihuana y mamey, de clínica y patios, de ciudad y cultivos es quizá el otro gran aporte al imaginario de su región. Por algo él decía: “soy el único poeta maldito que se acuesta temprano”. Apostarle a la loca de la casa fue apostarle a una especie de desarraigo mortal. En fin, ya repleto de alucinación y de muerte, forjó entre él y el mundo una frontera, una cerca de púas que lo alejó de los suyos y de la vida. Tengo la idea de que la exploración que hizo para aumentar el imaginario del Caribe le costó más que a sus contemporáneos. Si puso una frontera para que los otros le temiesen, su exploración poética abrió otra frontera, hoy tan amada –a veces sin crítica– por tantos jóvenes colombianos. Gómez Jattin rompió realmente la frontera existente en Colombia entre nicho ecológico y un imaginario que debate con gozo y risa el erotismo y la alucinación.

Finalmente, utilizó las fronteras rotas, atravesadas por el contrabando. Dice Manuel Rivas en el *Lápiz del carpintero*: “Lo único bueno que tienen las fronteras son los pasos clandestinos». Al final de su vida Gómez Jattin escribió y publicó uno de los libros más universales de la poesía colombiana o caribeña –ponga el lector la patria–. No me refiero al último, el alucinado *Poemas de la locura*, publicado por María Mercedes Carranza y La Casa de Poesía Silva, porque éste es ya el hundimiento en el delirio y la profanación interior. Me refiero a los *Hijos del tiempo*. De la misma manera como los Jattin emigraron desde el Líbano y se radicaron en la costa norte de Colombia, Gómez Jattin hace un viaje imaginario más allá del Caribe. Y ahí está Micerino con “la imaginación absorta» pensando si se morirá a tiempo para ver terminada la pirámide-tumba. Está el amor de Belkis por un judío antes de «que aparezca el mito de Jesucristo sin cultura” está Teseo que dice “he construido una casa de tu cuerpo donde habita la muerte”, es decir el cadáver del Minotauro; está Medea esperando con los cuchillos tras la espalda; está Homero que nos cuenta todos los detalles del dolor de Aquiles por Patroclo porque tiene piedad del dolor de los jóvenes griegos. Y Casandra que quizá no ve su muerte porque se desmaya sólo viendo en una alucinación cómo Egisto mata a Agamenón. Y está Clitemnestra que piensa en el cadáver de Agamenón mientras recuerda lo taimado que era el héroe; y, Electra

pensando en el amigo de Orestes, Pílates, mientras mata a su madre. Y la ventana de esperanza de Penélope mediante la cual ve el regreso de Odiseo. Y Roxana padeciendo los amores con otros de Alejandro Magno. Y Antinoo, quien no entiende la razón de que un joven “tan ignorante, frágil y pequeño” tenga “un amante que es el dueño del mundo”. Asimismo, tenemos al cruzado Godofredo de Bouillon, deprimido por la banalidad de una guerra que no le da a Cristo por ningún lado, pues no está en esas tierras: “No hay nada allí sino lo mismo contemplado en cualquier otro sitio de la tierra”. Tenemos igualmente a Sherezada, símbolo del poeta pues “está enamorada del asesino que la obliga” y Li Po buscando el loto esencial en el agua, y Andrea Mantegna cambiando pintura por víveres: “frutas, panes y jamones”, y el rey Moro que ve cómo se esfuma su califato en Córdoba, como si estuviera en un espejismo en el desierto del Sahara; y Moctezuma enredado en su mitología y “matado innoblemente por Pizarro”. Y María Estuardo sintiendo el hacha del verdugo de Isabel, y Franz Kafka que vaticinó la transformación de su pueblo “en jabón o nada”. Y está la madre de Raúl, Lola Jattin, con quien el poeta aspira fundirse en estos versos como con una *mamá grande* en crisis. Y, finalmente, tenemos al Cacique Zenú lamentando en la época de preindependencia la tortura y la ejecución de don Tomás de la Cruz Gómez, por revolucionario, de manos de los españoles, y con quien el Cacique Zenú pudo conversar y reír más allá de las fronteras. Con estos poemas, Gómez Jattin pareciera decir que una manera de ver las fronteras como una vitalidad, como una eficacia no decorativa es mediante la conversación, la risa y el entendimiento con la otredad.

Bordeaux, 2007

### **Bibliografía**

- Durán, Eva, “Arde Raúl: la terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin», de Heriberto Fiorillo”, en: *La casa de Asterión*, vol. IV, # 14, Barranquilla, Julio-agosto-septiembre de 2003.
- Escamilla, Francisco, “El significado del término frontera”, en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, 2 de marzo de 1999, # 140.
- Fiorillo, Heriberto. *Arde Raúl. La terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin*. Bogotá: [¿Heriberto Fiorillo?], 2002, ISBN 9583341762.
- Gómez Jattin, Raúl, *Poesía 1980-1989*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1995.
- Ospina, William, *Por los países de Colombia. Ensayos sobre poetas colombianos*, Fondo Editorial Eafit, Medellín, 2002

### **Álvaro Bautista Cabrera**

Profesor de la Escuela de Estudios Literarios, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle de Cali, Colombia y estudiante de doctorado de la Universidad Michel de Montaigne.

**Recibido en:** 01/08/2007

**Aprobado en:** 31/08/2007